Giuseppe Amara descubre las telarañas del amor iluso

Hernán Lavín Cerda

Nacido en aquella Asmara de Eritrea, a orillas del Mar Rojo, y cuando aún era una colonia de Italia, Giuseppe Amara desciende, a su modo y sutilmente, de la sensibilidad árabe: aquel espíritu arábigo del norte de África y también ese vuelo en espiral; a menudo el soplo en espiral y aquella temperatura que proviene del Mediterráneo. Su tratamiento de la lengua española, sin debilitarse en su rigor, se aproxima a la exuberancia. Hay casi un delirio en su escritura, a veces, y asimismo una precisión conceptual: el arrebato orgiástico de Dionisio y la serenidad misteriosa de Apolo. El verbo emerge, entonces, como un instrumento de picardía, sensorialidad que remite a las fuentes grecolatinas del mundo clásico, y agudeza intelectiva. Cómo ha madurado Giuseppe en el *Mare Nostrum* de su antiguo y nuevo idioma que también es el nuestro. Lo señalo una vez más: rigor en el esfuerzo verbal de cada día con algunos tropiezos (¿quién no los tiene?), perspicacia y belleza introspectiva en el análisis del amor ilusorio (¿qué amor en cierto modo no lo es?), y audaz o lúdico o tal vez lúbrico atrevimiento. He ahí la clave: hablar del amor memorial y casi inmemorial desde el cuerpo no siempre fiel de la palabra escrita: toda la complejidad tranquila o turbulenta del amor, sí, así es, pero *amorosamente*.

Hace algunos años, en mi casa de la avenida Pacífico, fui testigo del trance verbalmente orgiástico de Giuseppe Amara, el amigo entrañable, aquel aprendiz voraz de la tentativa infinita, la de la psique humana en todo su capricho, su trampa, su esplendor y su simulacro; el rapsoda que se atrevía a soltar la lengua, dejándola libre, para sólo después invitarnos a seguirlo en aquel espectáculo inolvidable de hablar en lenguas. En su ensayo "Lectura y contemplación", que aparece en el volumen *Sombras de obras* (Seix Barral, Barcelona, 1983), Octavio Paz, siguiendo a Demócrito de Abdera, quien dijo "Palabra: sombra de obra", sostiene que Pedro recordó a los escépticos las siguientes palabras del profeta Joel: "Y será en los postreros días (dice Dios) que derramaré mi Espíritu sobre vuestra carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y vuestros jóvenes verán visiones y vuestros viejos soñarán sueños". Este pasaje nos desconcierta porque Pedro ve en el don de lenguas una de las señales del fin de los tiempos. Nuestra extrañeza desaparece apenas recordamos que para los primeros

Palma el Viejo, *Jacob y Raquel*, siglo XVI

cristianos era inminente la segunda vuelta de Cristo: si en el origen la lengua había sido una, ¿cómo extrañarse de que, al aproximarse el fin del mundo, el don de lenguas restituyese la unidad del comienzo? Es más extraño que los que escuchaban a los apóstoles hablar en lenguas no los entendiesen y creyesen que estaban borrachos. ¿Cuáles eran esas lenguas? En la *Primera epístola a los corintios* San Pablo disipa el misterio:

> El que habla en lenguas desconocidas no habla a los hombres sino a Dios, porque nadie lo entiende, aunque en espíritu hable misterios. [...] Enigma terrible: el Espíritu, al retirarse de los hombres, produce la pluralidad y la confusión de lenguas; más tarde, al descender sobre ellos y habitarlos, habla en un lenguaje desconocido y por esencia intraducible.

Es casi imposible olvidar que luego de rebautizarme como Lavín-Lacan, Amara empezó a neologizarlo todo en una lengua extrañísima, como de principio y fin de mundo, y mientras lo neologizaba lo iba escribiendo como si fuese uno de los dioses más arcaicos, menos apolíneo que dionisiaco, y a punto de morirse en un ataque de risa inagotable y contagiosa. En cuestión de siete segundos, no más, lo vi transfigurado en un duende de la familia de Vicente Huidobro, Ramón Gómez de la Serna, Oliverio Girondo, Julio Cortázar, el de las morellianas, Witold Gombrowicz, el de filidor forrado de niño en su novela *Ferdydurke*, y sobre todo aquel Roberto Matta, ese mago no sólo mental de las artes plásticas y de los Grandes Transparentes o la energía visionaria, como él dijo, muerto no hace mucho, más bien resucitado en su estudio de Tarquinia, la antigua Etruria o la Toscana de hoy. Algo de Aristófanes brillaba también en la punta de la lengua y en la espiral de los ojos de Amara durante aquella noche: Rosa María, su esposa, y Nora del Carmen, la mía, esas musas jamás confusas, no me dejarán mentir. Poco a poco, todos fuimos entrando en aquel arrebato verbal donde Dionisio es el único vigilante. Cada palabra o frase nueva fue puesta por Amara en páginas de tamaño mayor, con su caligrafía de líneas curvas y envolventes, como en las

Picasso, *Agricultores durmiendo*, 1919

cúpulas de Constantinopla. Cada disparate aparentemente estúpido o inteligente, más bien "inteligentonto", era recibido con una carcajada digna de la cantante ceremoniosa, más o menos mística, invisible como la Dulcinea de Don Quijote, y profundamente calva. De repente, todos fuimos como aquel Salvatore de *El nombre de la rosa*, ese personaje que podría aparecer en la *Primera epístola a los corintios*, y que sobrevive en la novela de Umberto Eco. Aquel Salvatore que hablaba todas las lenguas y ninguna: la primitiva lengua del alumbramiento y el deslumbramiento. Cómo olvidar ese lenguaje entre divino y diabólico, quizá como la simple y laberíntica lengua del amor iluso que tanto nos puede complicar la existencia. Dice de pronto Salvatore, que algo tiene de Quijote y de Amara, ese Quijote nuestro de cada día:

> ¡Penitenciágite! ¡Vide cuando draco venturus est a rodegarle el alma tuya! ¡La mortz est super nos! ¡Ruega que vinga lo papa santo a liberar nos a malo de tutte las peccata! ¡Ah, vos pladse ista nigromancia de Domini Nostri Iesu Christi! Et mesmo jois m'es dols y placer m'es dolors... ¡Cave il diablo!

Nunca olvidaré el regocijo de Giuseppe Amara durante aquella noche de primavera, como el que habitualmente brota de sus dibujos y pinturas. Hay algo de neopaganismo y de cristianismo de los orígenes, o acaso de catacumbas, en este doctor del espíritu que nos invita a precipitarnos desde la piel al alma, como hubiera dicho Pablo Neruda. Doctor y artista con impulsos que vienen del Renacimiento, Amara es capaz de comportarse como un buzo ciego y vidente cuando perpetra sus exploraciones hacia las profundidades de la psique humana. El foco de atención, ahora, es un nuevo libro de su autoría sobre aquellos amantes que se inventan y, al inventarlos, empieza el zigzag sadomasoquista de sufrir gozando y gozar sufriendo como los chinos o los estadounidenses, si es que los estadounidenses y los chinos sufren y gozan de ese modo, para decirlo con algo del estilo de Oscar Wilde: una brizna en el aire. Estamos ante una historia y un análisis del amor iluso (Aguilar, México, 2004). ¿Cómo se llegó a esto? Antes que nada, sospecho que a través de la gracia infinita del humor libre, ese humor a veces descalabrante que consiste en hablar en lenguas. Toda invención del amor iluso es como hablar con suspicacia, pero en lenguas. Aquel espacio donde reímos sin saber por qué lloramos, emocionadamente, y lloramos sin saber por qué reímos. Ah el amor en cuerpo y alma: qué fenómeno tan ceremonioso, caprichoso, gracioso, celoso, fúnebre o rutilante y a veces esquizoide; ese amor insondable y de improviso confuso y enmarañado como el moño de una vieja del siglo XIX o, más bien, el rostro de Dios. También ha

sido útil para la creación del volumen el trabajo de consultorio, así lo creo, como el programa radial "Parejas disparejas" y, por supuesto, su reflexión continua basada en aquellos casos, igualmente clínicos, que nos ofrece la literatura universal desde la Edad Media hasta nuestros días.

Giuseppe Amara realiza un viaje muy ilustrativo a través de la invención del amor en la Historia: amores cotidianos de la supuesta realidad real, y amores también cotidianos de la supuesta realidad ficticia: John Hinkley, por ejemplo, el "poeta psicótico" que intenta convertirse en otro, en ese alguien que no acierta a ser por sí mismo. El 30 de marzo de 1981 a las 13:45 horas, Hinkley disparó contra el presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, con el único fin de llamar la atención de su amante inventada, la actriz de cine Jodie Foster, quien no protagonizaba aún *El silencio de los inocentes*. John Hinkley, el casi magnicida, llegó a decir por escrito: "Si no te das por enterada de que te amo, mato al presidente".

Atacará al presidente por conmover a Jodie —dice Amara—, para que deje de ser una luna inalcanzable, tan inmutable ante sus plegarias como la luna lo ha sido ante los ritos y cantos de tantos pueblos ilusos. No le queda más remedio que matar a Reagan, no porque ese magnicidio tenga alguna relevancia histórica, sino para que el acontecimiento, que sin duda será difundido por los medios de comunicación en el mundo entero, quede marcado en la memoria de Jodie Foster.

En su obsesión amorosa:

> Hinkley vivía poseído emocionalmente por su pasión, sin otra alternativa que la impensable conquista o el suicidio al estilo estadounidense, matarse asesinando a otros. Consecuentemente, siempre le avergonzó que pudiese ser visto por la Foster, y sólo la vio en la realidad hasta que se entabló el juicio por el atentado. Toda su resolución vital y mortal fue ganarse el amor de Jodie Foster, o cuando menos la admiración y el respeto por su gesto sacrificial. Exhibió su singular maestría para la invención amorosa entre 1981 y 1987, aunque probablemente todavía la maquine en el Hospital St. Elizabeth, donde está recluido.

Si casi todo amor colinda con la pérdida de juicio, yo me quedo con la sabia inocencia y los juegos malabares de Don Quijote por estar algún día junto a Dulcinea del Toboso. Sí, me quedo con los amores de caballería. Una supuesta locura que, como bien dice Auerbach pensando en Don Quijote, no es más que "la inteligencia, la nobleza, el decoro y la dignidad de un hombre juicioso y equilibrado". Sostiene Giuseppe Amara que el mundo romántico de la caballería abriga el delirio del amor divino:

> Si amamos al *Dios vivo* aunque nadie lo haya visto jamás —como lo reconoce San Juan el Evangelista—, el Quijote ama la criatura de su amor divinizado que sólo vive en su imaginación, con la total certidumbre de que ella existe y permanecerá en la memoria de los siglos más allá de cualquier mujer real de su época. [...] La invención de tan incomparable amada se gesta en su plena ausencia. [...] El Caballero de la Triste Figura elude a la presunta mujer real a cambio de invocar infatigablemente a la imprescindible amada imaginaria.

El primer motivo es hacernos reír o llorar de risa: más bien sonreír con algo de ternura. "Que al fin y al cabo la risa es lo mejor que salva el mundo", dice Amara, y esta frase es como una piedra de fundación a lo largo de todo el libro, aunque no siempre aparezca en un nivel dominante. ¿Cómo soportar los desequilibrios del amor iluso si no acudimos al humor y a la risa? El sentido humorístico funciona como el gran regulador de voltaje del espíritu y de la carne, a fin de que la realidad no sea distorsionada por ese túnel de lo apasionadamente carnal que a menudo lo complica todo con la penumbra, el agobio y la ofuscación. Sin duda que el humor nos permite adquirir una distancia saludable, disolver la pesadumbre y escapar de nuestras miserias, que no son las del Caballero de la Triste Figura. Tal vez la risa estuvo antes de que apareciera

Rubens, *Rubens e Isabel Brandt*, siglo XVII

el rostro de Dios en el aire del Mundo: aquellos labios en un rostro que tampoco deja de reírse.

Pienso que debería detenerme en este punto: la supuesta locura del caballeresco amor imaginario. Si cruzo la línea divisoria y avanzo hacia el reino de Emma Bovary, todo se enrarece aún más, y el dolor se vuelve insoportable. Si abandono el examen de la espiral del bovarismo y me acerco al precipicio de Marilyn Monroe, la realidad se convierte en un vértigo, sí, en una atmósfera laberíntica y paranoide. Si al fin el sexo se cruza con el poder político, ese mestizaje suele acabar en una zozobra ilimitada. Cuánta crueldad, insatisfacción y delirio de grandeza. Cuánta psicopatología. Qué historia tan agobiante y caótica la de Marilyn Monroe, aquella mujer-niña que nunca se atrevió a crecer, según su ex esposo el dramaturgo Arthur Miller. Vivió acosada por los hermanos Kennedy: John Fitzgerald, presidente de los Estados Unidos, y Robert, ministro de justicia. Y entre ambos, la presencia equívoca, peligrosa y esquiva de Frank Sinatra y de Sam Giancana, quien ocupó el liderato de la *Cosa Nostra* cuando murió Al Capone. Todos se conocían a plena luz y en medio de las tinieblas: estaban en contacto permanente. Y entre ellos, deslizándose como un símbolo sexual, sí, un comodín de carne todavía joven, palpitaba la confusa, frívola y desdichada Marilyn con su insomnio, su alcoholismo y su adicción a los barbitúricos. Su cerebro fue siempre un abismo, al igual que su figura tan seductora y desconcertante. Sostuvo muchos encuentros eróticos, quizá más tanáticos que eróticos, y sufrió más de diez abortos. Algunos psicoanalistas piensan que en cada compañero sexual buscaba compulsivamente a su padre. La promiscuidad se convirtió en el pan nuestro de cada día; un pan duro y cruel como el patíbulo. Al paso del tiempo, ya no le gustaba ser Marilyn, pero no podía dejar de serlo: su imagen era su mayor condena. ¿Cómo huir de Marilyn Monroe? ¿Qué hacer con sus diversos y hasta opuestos estados de ánimo? No me resisto a transcribir varias líneas del ensayo de Giuseppe Amara en las que aparece el encuentro amoroso, no fue el único, de Marilyn y John F. Kennedy. Como si fuese un payaso artificial bajo el dominio del alcohol, ella no siempre sabía si estaba vestida. El texto dice:

> Y si se cercioraba de su desnudez, a menudo necesitaba que alguien le ayudara a vestirse. "¿Dónde habré dejado mi zapato?", parecía estar preguntándose cuando sentada en la cama, con el índice izquierdo apoyado en la sien, miraba la supuesta confusión que reinaba a sus pies. Desde luego, esa noche ¡cómo hubiera deseado que su *Prez-i-dent*, el príncipe, se hubiera guardado su zapato de fantástica Cenicienta! Pero el Presidente, convertido de momento en el ciudadano John, difícilmente hubiera podido encorvarse para recoger el zapato de la aspirante a princesa. […] El estado semiconsciente de Kennedy esa noche tal vez le permitió tolerar la halitosis de Marilyn y el hedor alcohólico que exhalaba su cuerpo. [...] Cualquiera que haya sido la potencia eréctil de John, ignoramos si habría podido advertir si en Marilyn llegó a producirse alguna reacción orgásmica. Probablemente no hubo alguna venérea incandescencia ni siquiera a expensas del falo presidencial. Entre los motivos de la asombrosa paradoja íntima del ídolo más sexy del siglo XX y su anorgasmia, debe tomarse en cuenta que el alcohol excesivo y, aun peor, la mezcla con los poderosos hipnóticos que ella se administraba sin conciencia de la dosis y del número de las mismas, resultaría más que suficiente para aplastar la sensibilidad orgásmica de la mujer más erótica del mundo.

Marilyn Monroe soñó siempre con el hombre único, el gran amor de su vida, quien la curaría de su desequilibrio emocional como de su adicción a los fármacos implacables. Joe Di Maggio, Frank Sinatra, Arthur Miller, el capi Sam Giancana y John F. Kennedy, "*Happy birthday-to-you. Happy birthday, Mr. Prez-i-dent*", como Marilyn le cantó alcohólica y aterciopeladamente a Kennedy en el Madison Square Garden de Nueva York, durante la fiesta de cumpleaños del presidente. Se ha dicho que el gran sueño de ella fue casarse con John F. Kennedy y suplantar a Jackie, convirtiéndose en la primera dama de los Estados Unidos:

> La fantasía de casarse con Kennedy —a juicio de Amara— no era sólo irrealizable. Al contrario, ¡de haberla vivido como tal, a la manera del Quijote, habría sobrevivido inspirada, irónica y alegre, alentada por esa fantasía! No; a semejanza de Madame Bovary, se impuso alcanzar *ser* lo que nunca había sido, al mismo tiempo que se vistió con una esperanza espuria por un hombre de múltiples turbulencias íntimas, de acelerada y acendrada promiscuidad, de síndromes tan severos como los de ella, imbuido de una compleja realidad político-social que lo alejaba más allá de las estrellas. Su Salvador... era el hombre menos indicado para serlo, aun si se admitiera que en este mundo alguien puede salvar a otro.

Cranach, *La cortesana y el viejo*, siglo XVI

Yo prefiero volver, como el bien ponderado artista y doctor de la psique Giuseppe Amara, el amigo entrañable, al bálsamo sutil y graciosamente erótico del humor y de la risa, no muy lejos del ejemplo universal de Don Quijote, aquel andariego de La Mancha, el Caballero de la Melancólica y, ¿por qué no?, estimulante Figura que nos hace sonreír sin darnos cuenta, de un instante a otro, aunque sea luego de bostezar tres veces, la trinidad en aquel bostezo o después de un largo suspiro. U

Texto leído en la presentación del libro *La invención del amante. Historia y análisis del amor iluso* de Giuseppe Amara, (Editorial Aguilar, México, 2004), en la ex capilla del Palacio de Minería en el marco de la XXV Feria Internacional del Libro, el 28 de febrero pasado.